

LO QUE NO ESTABA EN MEDELLÍN Y ESTÁ FRENTE A NOSOTROS.

EL DRAMA ECOLÓGICO Y LA ECOTEOLOGÍA.

“El grito de la hermana madre tierra y el grito de los pobres es un solo grito”. Esta luminosa afirmación que papa Francisco recoge del convencimiento madurado en estos años por la creciente crisis ecológica que daña gravemente la ecología humana, es una mirada de fe que sintoniza con los clamores bíblicos de la humanidad al Dios de la Vida.

Desde que el Pueblo de Israel experimenta la presencia eficaz de Dios en su historia como un Dios liberador que lo acompaña por los largos y sacrificados caminos para salir de la agobiante esclavitud de Egipto, surge la esperanza y el clamor de la llegada del Mesías, el Dios que nos libere de toda esclavitud, del pecado, de la muerte.

La irrupción de Jesucristo, el Dios-con-nosotros, con su encarnación “en la plenitud de los tiempos”, abre una nueva etapa en la Historia de la Salvación.

Esta conciencia teológica fue madurando con mayor fuerza en América Latina gracias a relevantes figuras eclesiales proféticas que, impulsadas por el Concilio Ecuménico Vaticano II, dieron vida a la Conferencia de Medellín en 1968. Es en Medellín cuando surge la conciencia que en América Latina hay evidentes signos de los tiempos, signos de Dios, que nos interpelan para abrirnos a una nueva época de la humanidad, a una nueva Historia de Salvación, en que los vientos nuevos del Espíritu nos impulsan a “renovar la faz de la tierra”. Una faz herida, desfigurada y sangrante por la pobreza, la injusticia, la explotación, la esclavitud, la humillación manifiesta en rostros y corazones de indígenas, de mujeres, de campesinos, de niños y jóvenes, ... rostros de Dios, crucificados en todos los pueblos de la América Morena.

La cercanía afectiva y efectiva al Pueblo de Dios de muchos pastores latinoamericanos les hizo sentir el clamor de los empobrecidos y humillados, haciendo estallar un nuevo tiempo profético de CONVERSIÓN al evangelio de los pobres y oprimidos. Se abre una teología y una pastoral de liberación, una nueva visión de ser iglesia, no partiendo de la doctrina y de los dogmas de fe, sino mirando la realidad y las realidades cambiantes de la historia como signos de la presencia o de la ausencia de Dios en ellas.

Las realidades cuestionadoras de los empobrecidos, de los marginados, de los oprimidos, de los excluidos de la historia, se percibieron como clamores que subían al corazón de Dios, en búsqueda de liberación.

La Declaración Universal de los Derechos Humanos que los pueblos de la tierra agrupados en la ONU emanaban en 1948 como un compromiso de mayor humanización, ciertamente habrá repercutido también en la iglesia para sentir que desde la fe y la espiritualidad del Evangelio, con mayor razón, exigía un proceso de liberación para los pueblos y las culturas del Sur del mundo, oprimidos por los “conquistadores” del Norte.

Más influyente aún fue la encíclica del papa Paulo VI “Populorum Progressio” en 1967 que llamaba a promover acciones para el desarrollo integral del hombre y el desarrollo solidario de la humanidad, respondiendo a la urgencia ya planteada en el Concilio Vaticano II (en la Gaudium et Spes, 90) a promover el desarrollo de los países pobres y la justicia social internacional.

La iglesia latinoamericana percibe que debe hacer suya la experiencia de Jesús del Evangelio en su relación con los pobres y el llamado eclesial, considerando que los pueblos del Continente viven su fe desde la pobreza y la humillación. Surge así un nuevo sujeto teológico: EL POBRE.

Como en los Evangelios, la acción sacramental de Jesús se hace presente en la acción sacramental de la iglesia de los pobres, sujetos de su liberación. Así, una iglesia centrada esencialmente en la liturgia (misas, sacramentos, devociones populares, ...), en la catequesis (enseñanza de doctrinas y verdades de fe) y en la caridad hacia los pobres, se abre a mirar, discernir y cuestionar proféticamente, desde la fe, las causas y los causantes de la pobreza y de la opresión. Una pobreza estructural que tiene sus orígenes en sistemas políticos, económicos, legales, sociales, culturales e, incluso, en cierto grado de justificaciones religiosas.

La dignidad de hijos e hijas de Dios abre a la conciencia de luchar por caminos de liberación, que necesariamente deben alcanzar las causas de los males y no solo tratar de aminorar los efectos.

Esta nueva mirada teológica latinoamericana se hace presente en Medellín con el método del VER – JUZGAR – ACTUAR desde la fe. Una mirada desde las periferias humanas existenciales para ver en el pobre un sacramento de Dios.

Esta mirada abre también un nuevo ciclo teológico en la iglesia, hasta ahora marcado más por las influyentes teologías europeas, planteadas desde el norte del planeta, desde quienes se consideraban social y eclesialmente en el centro del poder. La iglesia, conciente o inconscientemente, también sufría la enfermedad del eurocentrismo, por el peso de su historia.

EL PODER: ¿ PARA SERVIR O PARA OPRIMIR?

La historia siempre se ha desarrollado en una lucha de poder para someter a los pobres, por la razón o la fuerza. La iglesia, en sus búsquedas de inculturación, no pocas veces se ha visto atrapada también en este juego de poder, tan alejado del mensaje y de la praxis de Jesús. El Nazareno desplegó todo el poder de Dios y su autoridad para SERVIR y LIBERAR al oprimido, haciéndolo sujeto de su vida y de la historia. Frecuentes han sido sus enfrentamientos con los poderes de su tiempo (escribas, fariseos, sacerdotes, autoridades, ...) increpándolos como “raza de víboras”, “sepulcros blanqueados”, ... Estos mismos poderes lo llevaron a juicio y a la Cruz. Si sacamos del evangelio la relación de Jesús con los pobres, quedaríamos casi sin evangelio.

Es esta praxis de Jesús la que prevaleció, proféticamente, en Medellín, cuestionando y denunciando la “cultura del poder” que se encarna en gobiernos, en políticas, en leyes, en organizaciones y estructuras dominantes para someter a pueblos y culturas, creando crecientes situaciones de ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres, usando el poder político, el poder económico, el poder tecnológico y el poder del control de los medios de comunicación social.

Un poder que se quiere adueñar de personas, pueblos, culturas y de las conciencias de las personas. Con el pasar de los años este poder ha ido adueñándose también de los bienes esenciales para la vida, no solo para la vida de los seres humanos sino de todo ser vivo (animales, plantas, ...), depredándolos del agua, de los alimentos, de las fuentes energéticas, de la tierra, del aire.

Es un poder total que se encarna en un sistema neoliberal y que crea situaciones de esclavitud, avalada por gobiernos y poderes locales,

frecuentemente atrapados por la corrupción. Los resultados y los efectos de este poder plenipotenciario están a la vista, no solo en las dictaduras, revestidas a veces incluso con ropaje democrático para someter a pueblos enteros, sino también en el caos y en la crisis cada vez más dramática que daña profunda e irreversiblemente la naturaleza.

La crisis medioambiental, magistralmente sintetizada por el papa Francisco en la encíclica “Laudato Sí” (cambio climático, calentamiento global, falta de agua, deforestación, destrucción de los glaciares, cementerios submarinos, destrucción de los ecosistemas, deshechos tóxicos y nucleares, contaminación, ...) afecta, deteriora y mata no solo a la naturaleza sino contemporáneamente a la humanidad, principalmente a los más pobres, “ninguneados” por los poderes de turno.

PODERES MULTINACIONALES: SE CREEN DUEÑOS DE LA VIDA

En Medellín no aparece el problema de la crisis ecológica de la naturaleza, pues en esos años se nos hacía creer que los bienes de la creación eran ilimitados, que nunca se iba a deteriorar y menos a acabar el agua, el aire, la tierra, los alimentos, ... sin embargo ya desde los años siguientes a la segunda guerra mundial los poderosos de las naciones del Norte implementan políticas neocoloniales para repartirse el dominio de los pueblos del Sur. El bienestar material empieza una escalada progresiva, sin límites y sin piedad, bajo el concepto de “desarrollo”.

El aumento de la población en el planeta y sus crecientes necesidades de bienestar, junto a una creciente industrialización y a una agigantada tecnología, iban depredando cada vez más los bienes de sus países. Es lo que hoy llamamos “la huella ecológica”, en que los países “desarrollados” no tiene ya en sus países los bienes necesarios para satisfacer a la población de su país (tierras, aguas, alimentos, energía, ...), lo que les obliga a acudir a otros países.

No es casualidad que en los años ´70 se impongan dictaduras militares en toda América Latina, que no solamente buscan someter políticamente a los pueblos, sino también buscan apropiarse de sus bienes, incluso con la activa participación de las Fuerzas Armadas. En efecto estas fuerzas están destinadas a controlar el orden sobre los bienes esenciales de la naturaleza y de la vida de los pueblos: la tierra (los Ejércitos), las aguas (la Marina) y el aire (la Fuerza Aérea).

Es que las políticas neoliberales en su afán “desarrollista” instauran el cáncer del CONSUMISMO, que nos lleva a tener más y más cosas, no solo según nuestras necesidades (muy legítimas y necesarias), sino también según nuestros deseos. En efecto toda la propaganda consumista apunta a hacer de nuestros deseos una necesidad. Y si los deseos son de los niños, con mayor razón los papás se sienten obligados a satisfacer sus deseos, para evitarles supuestos traumas o complejos existenciales.

Las alianzas entre los poderes políticos y económicos, afianzados por leyes y acuerdos que ellos mismos hacen e imponen, van adueñándose y depredando los bienes de los países pobres, privándolos y empobreciéndolos cada vez más. Se van creando empresas transnacionales y monopolios con un poder económico, muchas veces incluso superior al de los mismos Estados particulares.

Estas nefastas realidades se fueron forjando hace 40/50 años, aunque recién en estos años hemos ido tomando mayor conciencia colectiva de ello por su avasalladora y vergonzosa presencia impositiva, aunque ya en los años '70 en el “Club de Roma” se levantaron voces de alerta sobre los límites del “desarrollo” y apareció con cierta importancia el tema del medio ambiente.

Es que estos poderes multinacionales se creen dueños de los bienes e incluso de las personas y de sus conciencias, eliminando a quienes se les oponen a sus intereses.

No es casualidad que se multipliquen en todos estos años los desplazados de sus tierras, los sometidos a modernas esclavitudes y LOS MÁRTIRES, sometidos por la fuerza y por “democráticos acuerdos de libre comercio”, que tienen bien poco de democráticos y nada de libre.

Tampoco es casualidad que la gran mayoría de estos mártires sean personas de iglesia (Comunidades Eclesiales de Base, catequistas, religiosas, sacerdotes, obispos, ...) que unen fe y vida en búsqueda de liberación.

LA TIERRA ES DE DIOS

La violencia (mejor podríamos llamarla GUERRA) contra los pobres, que tienen cada vez mayor conciencia de estas nuevas esclavitudes, se va extendiendo no solo en América Latina, sino también en África y en Asia, aunque las noticias de estos Continentes sean más silenciadas.

Una guerra que empobrece y mata, y que pareciera responder a un principio terriblemente inhumano: “no podemos eliminar la pobreza, eliminemos a los pobres”.

Las guerras e invasiones continúan al día de hoy: entre el año 2010 y 2015 países como Estados Unidos, China, Rusia, Inglaterra, Emiratos Árabes, ... se han adueñado de tierras, sobre todo en África y en América Latina, al ritmo de dos canchas de futbol al segundo, o sea más de 80 millones de hectáreas.

Entre sus efectos, 800 millones de personas sufren hambre entre los habitantes del Sur del planeta, 1.500 millones ni siquiera tienen acceso al agua potable, 4.000 niños mueren cada día sólo por falta de agua saludable.

Hoy, 15 empresas transnacionales controlan el 50% de la producción mundial, 10 países del mundo controlan el 40% de la riqueza de todo el planeta, y con las propiedades de las 10 personas más ricas del mundo se podría alimentar a 1.000 millones de personas que pasan hambre durante los próximos 250 años.

Cifras alarmantes que personifican una tragedia que cuestiona en lo más profundo qué mundo estamos construyendo, cuestionan la eficacia de las bases éticas de nuestros principios humanitarios, cuestionan el papel y la incidencia de nuestra fe y de nuestra espiritualidad, y en última instancia cuestionan el futuro de la vida en nuestro planeta. A los pobres se les roba el futuro, se les elimina la esperanza, se les quita la vida, y, en palabras del papa Francisco, se les mata (con estos sistemas económicos predominantes).

Las voces y las acciones proféticas que se levantan numerosas en todo el mundo parecieran clamar en el desierto.

Desde Medellín surgió la conciencia desde la fe que el pueblo pobre también tiene poder para establecer un mundo de justicia, de hermandad, de equidad, de paz. Sin embargo esta voz profética fue debilitándose con los años.

La huella teológico-pastoral de Medellín, con la irrupción de nuevas problemáticas, como la medioambiental, ha ido abriendo también nuevos caminos.

Reaparece hoy con fuerza el fundamento de la fe de los orígenes del pueblo de Israel: LA TIERRA ES DE DIOS. Dios es el Creador, es el dueño, es el Señor de toda creatura que sale de sus manos. El ser humano, “creado a imagen y semejanza de Dios”, está llamado a la responsabilidad de amar, valorar, cuidar con ternura y solidaridad a cada creatura, para llevarla a su crecimiento hacia su plenitud o su perfección, que es la finalidad por la cual el Creador la creó con amor. De hecho el llamado de Jesús: “sean perfectos como es perfecto su Padre Dios que está en el Cielo” (Mateo 5,48) nos indica que, como Dios es perfecto como Dios, así nosotros estamos llamados a trabajar por la perfección de cada creatura según el ser de lo que cada creatura es y con la finalidad y la meta por la cual Dios la creó.

Y esa es tarea primordial del ser humano, sabiendo que en la creación TODO ESTÁ CONECTADO, que hay una íntima COMUNIÓN de todas las creaturas entre sí y con el Creador. Lo divino y lo humano se encuentran en cada detalle de la creación, lo que hace que San Francisco nos enseñe que somos parte de ella, alabándolas como “hermano” sol, “hermana” luna, “hermana” agua, “hermana” tierra, “hermana” muerte, Cada creatura es UN SIGNO de la presencia de Dios (no es Dios) y herir a una creatura es herir la comunión con el mismo Creador.

Sigue así resonando permanentemente la gran pregunta divina: “¿QUÉ HAS HECHO DE TU HERMANO?” (Génesis 4, 8-12).

Los poderosos de los sistemas neoliberales, al creerse dueños de los bienes y de las personas, se creen dioses, señores, propietarios de la vida y del destino de las creaturas. Es el pecado original de orgullo, de egoísmo, de arrogancia que suplanta a Dios mismo. Es el principio del antropocentrismo que quisiera poner al ser humano como centro de toda acción y proyecto humano y señor de la creación, elevándolo a categoría de “dios”. Antropocentrismo que incluso la iglesia planteaba en su doctrina social, pero cuestionado y rechazado tajante y valientemente por el papa Francisco, especialmente en Laudato Sí (68-69).

¿BIENES COMUNES O PROPIEDAD PRIVADA?

Uno de los mecanismos, incluso legales, que facilitan una visión antropocéntrica es la propiedad privada, que, si bien es un derecho legítimo, debe estar sometido al derecho a los bienes comunes que Dios crea para todos, especialmente los bienes más esenciales para la vida y la dignidad de las personas. Privar a los pobres de esos bienes, no es solo condenarlos a la miseria, no es solo acrecentar la inequidad, sino que es esencialmente una violencia y una incitación a quebrar la paz social. La solidaridad con el pobre, no es entonces solo un gesto de generosidad hacia él, sino un derecho que él tiene por su dignidad, un reconocimiento a su hermandad, un acto de justicia y una contribución a la paz. Ya lo afirmaba también Santo Tomás que “en la necesidad, todas las cosas son comunes”.

Es por ello que el papa Francisco actualiza una muy feliz afirmación del papa San Juan Pablo II en su discurso inaugural en la Conferencia Latinoamericana de Puebla el 28 de enero de 1979, cuando planteaba el principio de que “SOBRE TODA PROPIEDAD PRIVADA, GRAVA UNA HIPOTECA SOCIAL”, y papa Francisco añade tajantemente que “graba SIEMPRE una hipoteca social” (LS 93). Así lo exige el destino universal de los bienes, que es una realidad anterior a la propiedad privada. Bien lo saben, lo viven y lo celebran los pueblos originarios de nuestra América Latina, donde el cuidado de la creación y los frutos de la hermana madre tierra son compartidos solidariamente y con sobriedad, como dones de Dios, entre todos sus miembros.

LA CREACION, SACRAMENTO DE COMUNIÓN CON DIOS

El Dios Creador extiende su Amor con infinita generosidad, según lo presenta el mismo mito de la creación, relatado en el libro del Génesis: “Al principio Dios creó el cielo y la tierra. La tierra estaba desierta y sin nada, las tinieblas cubrían los abismos mientras el espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas...” (Génesis 1, 1-2). En la obra de la creación las AGUAS son el elemento que acoge al Espíritu de Dios. El agua es sustancia madre, originaria. Luego la PALABRA de Dios, CREA, hace fecunda la tierra, dando vida a la luz, a las plantas, a los animales, a los astros, ... y Dios ve que todo es BUENO. Luego Dios crea al ser humano y ve que es MUY BUENO.

Pero el texto bíblico nos indica que el centro de la vida y de la creación no es el ser humano (creado el sexto día), sino que el día de la PERFECCIÓN, el día de la plenitud es el SÉPTIMO día, hacia el cual todo está para su gozo y contemplación. Toda la creación tiene una meta, un rumbo, una finalidad:

VIVIR PLENAMENTE EN LA COMUNIÓN CON DIOS, hasta llegar a su perfección.

Bien luego el hombre rompe esta comunión, con el PECADO. Luego de siglos de preparación de su pueblo, con la sabia predicación de los profetas, “en la plenitud de los tiempos” Dios envía a su propio Hijo Jesucristo para restablecer la ALIANZA, la belleza plena de la creación.

Cristo mismo define su misión: “He venido para que todos tengan vida, y vida en plenitud” (Juan 10,10), “El Espíritu del Señor está sobre mí. El me ha ungido para traer Buenas Nuevas a los pobres, para anunciar a los cautivos su libertad y a los ciegos que pronto van a ver. A despedir libres a los oprimidos y a proclamar el año de la gracia del Señor ... Hoy se cumplen estas profecías que acaban de escuchar” (Lucas 4, 18-21).

La misión de Jesús alcanza su culmen en la Cruz. La muerte de Jesús da muerte al pecado y abre las puertas a la vida abundante, vida de plenitud divina y gozo que se manifiesta en todo su esplendor y gloria en la RESURRECCIÓN. Es el DÍA DEL SEÑOR, el primer día de la semana, el inicio de la “nueva creación” que alcanza a toda la humanidad y a toda la creación, incluida la naturaleza. Una creación que “aún sufre y gime dolores como de parto” (Romanos 8,22) por las heridas provocadas por la maldad humana a los seres creados. Pero el mismo ser humano, partícipe de la gracia y de los efectos de la Resurrección de Jesús, está llamado a la misión divina, sabia y responsable de luchar hasta alcanzar el cumplimiento del plan de Dios: “Este es el plan de salvación que (Dios Padre) había decidido realizar en Cristo, llevando su proyecto salvador a su plenitud al constituir a Cristo en cabeza de todas las cosas, las del cielo y las de la tierra” (Efesios 1, 9-10), hasta alcanzar la PAZ (Colosenses 1, 15-20).

La PAZ PASCUAL marca la gran fiesta cósmica en que Cristo lleve a plenitud su obra en el mundo. Los seres humanos somos hijos de Dios, miembros del Resucitado, templos del Espíritu, ciudadanos del universo, protagonistas de la gran liturgia de la Vida, hasta que Cristo sea plenamente SEÑOR DE TODA LA CREACIÓN. Nuestra historia está inserta en la eternidad de Dios y es una historia que nos hace partícipes del camino a la plenitud de Cristo que ya nos ha regalado con su Muerte y Resurrección. Historia de Salvación que construimos día a día, dándole la dignidad a todo ser, especialmente a los marginados, a los empobrecidos, a los torturados por el hambre, la miseria, la opresión, la injusticia... “tuve hambre, tuve sed, estaba

enfermo, en la cárcel, ... siempre que lo hicieron con alguno de estos más pequeños, que son mis hermanos, lo hicieron conmigo” (Mateo 25, 31-46).

Damos gracias a Dios por la irrupción del papa Francisco en nuestra historia, que en plena sintonía con los llamados del Concilio y su concretización en las varias Conferencias del Episcopado Latinoamericano inauguradas en Medellín, reafirma la opción profundamente evangélica por los pobres. Una opción teológico-pastoral según el Proyecto de Jesús, con marcadas incidencias políticas, sociales, culturales en la construcción del Reinado de Dios, no solo en Latinoamérica, sino en la iglesia universal.

LUIS INFANTI DE LA MORA, osm

Obispo Vicario Apostólico de Aysén - Chile

LO QUE NO ESTABA EN MEDELLÍN Y ESTÁ FRENTE A NOSOTROS.

EL DRAMA ECOLÓGICO Y LA ECOTEOLOGÍA.

“El grito de la hermana madre tierra y el grito de los pobres es un solo grito”. Esta luminosa afirmación que papa Francisco recoge del convencimiento madurado en estos años por la creciente crisis ecológica que daña gravemente la ecología humana, es una mirada de fe que sintoniza con los clamores bíblicos de la humanidad al Dios de la Vida.

Desde que el Pueblo de Israel experimenta la presencia eficaz de Dios en su historia como un Dios liberador que lo acompaña por los largos y sacrificados caminos para salir de la agobiante esclavitud de Egipto, surge la esperanza y el clamor de la llegada del Mesías, el Dios que nos libere de toda esclavitud, del pecado, de la muerte.

La irrupción de Jesucristo, el Dios-con-nosotros, con su encarnación “en la plenitud de los tiempos”, abre una nueva etapa en la Historia de la Salvación.

Esta conciencia teológica fue madurando con mayor fuerza en América Latina gracias a relevantes figuras eclesiales proféticas que, impulsadas por el Concilio Ecuménico Vaticano II, dieron vida a la Conferencia de Medellín en 1968. Es en Medellín cuando surge la conciencia que en América Latina hay evidentes signos de los tiempos, signos de Dios, que nos interpelan para abrirnos a una nueva época de la humanidad, a una nueva Historia de Salvación, en que los vientos nuevos del Espíritu nos impulsan a “renovar la faz de la tierra”. Una faz herida, desfigurada y sangrante por la pobreza, la injusticia, la explotación, la esclavitud, la humillación manifiesta en rostros y corazones de indígenas, de mujeres, de campesinos, de niños y jóvenes, ... rostros de Dios, crucificados en todos los pueblos de la América Morena.

La cercanía afectiva y efectiva al Pueblo de Dios de muchos pastores latinoamericanos les hizo sentir el clamor de los empobrecidos y humillados, haciendo estallar un nuevo tiempo profético de CONVERSIÓN al evangelio de los pobres y oprimidos. Se abre una teología y una pastoral de liberación, una nueva visión de ser iglesia, no partiendo de la doctrina y de los dogmas de fe, sino mirando la realidad y las realidades cambiantes de la historia como signos de la presencia o de la ausencia de Dios en ellas.

Las realidades cuestionadoras de los empobrecidos, de los marginados, de los oprimidos, de los excluidos de la historia, se percibieron como clamores que subían al corazón de Dios, en búsqueda de liberación.

La Declaración Universal de los Derechos Humanos que los pueblos de la tierra agrupados en la ONU emanaban en 1948 como un compromiso de mayor humanización, ciertamente habrá repercutido también en la iglesia para sentir que desde la fe y la espiritualidad del Evangelio, con mayor razón, exigía un proceso de liberación para los pueblos y las culturas del Sur del mundo, oprimidos por los “conquistadores” del Norte.

Más influyente aún fue la encíclica del papa Paulo VI “Populorum Progressio” en 1967 que llamaba a promover acciones para el desarrollo integral del hombre y el desarrollo solidario de la humanidad, respondiendo a la urgencia ya planteada en el Concilio Vaticano II (en la Gaudium et Spes, 90) a promover el desarrollo de los países pobres y la justicia social internacional.

La iglesia latinoamericana percibe que debe hacer suya la experiencia de Jesús del Evangelio en su relación con los pobres y el llamado eclesial, considerando que los pueblos del Continente viven su fe desde la pobreza y la humillación. Surge así un nuevo sujeto teológico: EL POBRE.

Como en los Evangelios, la acción sacramental de Jesús se hace presente en la acción sacramental de la iglesia de los pobres, sujetos de su liberación. Así, una iglesia centrada esencialmente en la liturgia (misas, sacramentos, devociones populares, ...), en la catequesis (enseñanza de doctrinas y verdades de fe) y en la caridad hacia los pobres, se abre a mirar, discernir y cuestionar proféticamente, desde la fe, las causas y los causantes de la pobreza y de la opresión. Una pobreza estructural que tiene sus orígenes en sistemas políticos, económicos, legales, sociales, culturales e, incluso, en cierto grado de justificaciones religiosas.

La dignidad de hijos e hijas de Dios abre a la conciencia de luchar por caminos de liberación, que necesariamente deben alcanzar las causas de los males y no solo tratar de aminorar los efectos.

Esta nueva mirada teológica latinoamericana se hace presente en Medellín con el método del VER – JUZGAR – ACTUAR desde la fe. Una mirada desde las periferias humanas existenciales para ver en el pobre un sacramento de Dios.

Esta mirada abre también un nuevo ciclo teológico en la iglesia, hasta ahora marcado más por las influentes teologías europeas, planteadas desde el norte del planeta, desde quienes se consideraban social y eclesialmente en el centro del poder. La iglesia, conciente o inconscientemente, también sufría la enfermedad del eurocentrismo, por el peso de su historia.

EL PODER: ¿ PARA SERVIR O PARA OPRIMIR?

La historia siempre se ha desarrollado en una lucha de poder para someter a los pobres, por la razón o la fuerza. La iglesia, en sus búsquedas de inculturación, no pocas veces se ha visto atrapada también en este juego de poder, tan alejado del mensaje y de la praxis de Jesús. El Nazareno desplegó todo el poder de Dios y su autoridad para SERVIR y LIBERAR al oprimido, haciéndolo sujeto de su vida y de la historia. Frecuentes han sido sus enfrentamientos con los poderes de su tiempo (escribas, fariseos, sacerdotes, autoridades, ...) increpándolos como “raza de víboras”, “sepulcros blanqueados”, ... Estos mismos poderes lo llevaron a juicio y a la Cruz. Si sacamos del evangelio la relación de Jesús con los pobres, quedaríamos casi sin evangelio.

Es esta praxis de Jesús la que prevaleció, proféticamente, en Medellín, cuestionando y denunciando la “cultura del poder” que se encarna en gobiernos, en políticas, en leyes, en organizaciones y estructuras dominantes para someter a pueblos y culturas, creando crecientes situaciones de ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres, usando el poder político, el poder económico, el poder tecnológico y el poder del control de los medios de comunicación social.

Un poder que se quiere adueñar de personas, pueblos, culturas y de las conciencias de las personas. Con el pasar de los años este poder ha ido adueñándose también de los bienes esenciales para la vida, no solo para la vida de los seres humanos sino de todo ser vivo (animales, plantas, ...), depredándolos del agua, de los alimentos, de las fuentes energéticas, de la tierra, del aire.

Es un poder total que se encarna en un sistema neoliberal y que crea situaciones de esclavitud, avalada por gobiernos y poderes locales,

frecuentemente atrapados por la corrupción. Los resultados y los efectos de este poder plenipotenciario están a la vista, no solo en las dictaduras, revestidas a veces incluso con ropaje democrático para someter a pueblos enteros, sino también en el caos y en la crisis cada vez más dramática que daña profunda e irreversiblemente la naturaleza.

La crisis medioambiental, magistralmente sintetizada por el papa Francisco en la encíclica “Laudato Sí” (cambio climático, calentamiento global, falta de agua, deforestación, destrucción de los glaciares, cementerios submarinos, destrucción de los ecosistemas, desechos tóxicos y nucleares, contaminación, ...) afecta, deteriora y mata no solo a la naturaleza sino contemporáneamente a la humanidad, principalmente a los más pobres, “ninguneados” por los poderes de turno.

PODERES MULTINACIONALES: SE CREEN DUEÑOS DE LA VIDA

En Medellín no aparece el problema de la crisis ecológica de la naturaleza, pues en esos años se nos hacía creer que los bienes de la creación eran ilimitados, que nunca se iba a deteriorar y menos a acabar el agua, el aire, la tierra, los alimentos, ... sin embargo ya desde los años siguientes a la segunda guerra mundial los poderosos de las naciones del Norte implementan políticas neocoloniales para repartirse el dominio de los pueblos del Sur. El bienestar material empieza una escalada progresiva, sin límites y sin piedad, bajo el concepto de “desarrollo”.

El aumento de la población en el planeta y sus crecientes necesidades de bienestar, junto a una creciente industrialización y a una agigantada tecnología, iban depredando cada vez más los bienes de sus países. Es lo que hoy llamamos “la huella ecológica”, en que los países “desarrollados” no tiene ya en sus países los bienes necesarios para satisfacer a la población de su país (tierras, aguas, alimentos, energía, ...), lo que les obliga a acudir a otros países.

No es casualidad que en los años ´70 se impongan dictaduras militares en toda América Latina, que no solamente buscan someter políticamente a los pueblos, sino también buscan apropiarse de sus bienes, incluso con la activa participación de las Fuerzas Armadas. En efecto estas fuerzas están destinadas a controlar el orden sobre los bienes esenciales de la naturaleza y de la vida de los pueblos: la tierra (los Ejércitos), las aguas (la Marina) y el aire (la Fuerza Aérea).

Es que las políticas neoliberales en su afán “desarrollista” instauran el cáncer del CONSUMISMO, que nos lleva a tener más y más cosas, no solo según nuestras necesidades (muy legítimas y necesarias), sino también según nuestros deseos. En efecto toda la propaganda consumista apunta a hacer de nuestros deseos una necesidad. Y si los deseos son de los niños, con mayor razón los papás se sienten obligados a satisfacer sus deseos, para evitarles supuestos traumas o complejos existenciales.

Las alianzas entre los poderes políticos y económicos, afianzados por leyes y acuerdos que ellos mismos hacen e imponen, van adueñándose y depredando los bienes de los países pobres, privándolos y empobreciéndolos cada vez más. Se van creando empresas transnacionales y monopolios con un poder económico, muchas veces incluso superior al de los mismos Estados particulares.

Estas nefastas realidades se fueron forjando hace 40/50 años, aunque recién en estos años hemos ido tomando mayor conciencia colectiva de ello por su avasalladora y vergonzosa presencia impositiva, aunque ya en los años '70 en el “Club de Roma” se levantaron voces de alerta sobre los límites del “desarrollo” y apareció con cierta importancia el tema del medio ambiente.

Es que estos poderes multinacionales se creen dueños de los bienes e incluso de las personas y de sus conciencias, eliminando a quienes se les oponen a sus intereses.

No es casualidad que se multipliquen en todos estos años los desplazados de sus tierras, los sometidos a modernas esclavitudes y LOS MÁRTIRES, sometidos por la fuerza y por “democráticos acuerdos de libre comercio”, que tienen bien poco de democráticos y nada de libre.

Tampoco es casualidad que la gran mayoría de estos mártires sean personas de iglesia (Comunidades Eclesiales de Base, catequistas, religiosas, sacerdotes, obispos, ...) que unen fe y vida en búsqueda de liberación.

LA TIERRA ES DE DIOS

La violencia (mejor podríamos llamarla GUERRA) contra los pobres, que tienen cada vez mayor conciencia de estas nuevas esclavitudes, se va extendiendo no solo en América Latina, sino también en África y en Asia, aunque las noticias de estos Continentes sean más silenciadas.

Una guerra que empobrece y mata, y que pareciera responder a un principio terriblemente inhumano: “no podemos eliminar la pobreza, eliminemos a los pobres”.

Las guerras e invasiones continúan al día de hoy: entre el año 2010 y 2015 países como Estados Unidos, China, Rusia, Inglaterra, Emiratos Árabes, ... se han adueñado de tierras, sobre todo en África y en América Latina, al ritmo de dos canchas de fútbol al segundo, o sea más de 80 millones de hectáreas.

Entre sus efectos, 800 millones de personas sufren hambre entre los habitantes del Sur del planeta, 1.500 millones ni siquiera tienen acceso al agua potable, 4.000 niños mueren cada día sólo por falta de agua saludable.

Hoy, 15 empresas transnacionales controlan el 50% de la producción mundial, 10 países del mundo controlan el 40% de la riqueza de todo el planeta, y con las propiedades de las 10 personas más ricas del mundo se podría alimentar a 1.000 millones de personas que pasan hambre durante los próximos 250 años.

Cifras alarmantes que personifican una tragedia que cuestiona en lo más profundo qué mundo estamos construyendo, cuestionan la eficacia de las bases éticas de nuestros principios humanitarios, cuestionan el papel y la incidencia de nuestra fe y de nuestra espiritualidad, y en última instancia cuestionan el futuro de la vida en nuestro planeta. A los pobres se les roba el futuro, se les elimina la esperanza, se les quita la vida, y, en palabras del papa Francisco, se les mata (con estos sistemas económicos predominantes).

Las voces y las acciones proféticas que se levantan numerosas en todo el mundo parecieran clamar en el desierto.

Desde Medellín surgió la conciencia desde la fe que el pueblo pobre también tiene poder para establecer un mundo de justicia, de hermandad, de equidad, de paz. Sin embargo esta voz profética fue debilitándose con los años.

La huella teológico-pastoral de Medellín, con la irrupción de nuevas problemáticas, como la medioambiental, ha ido abriendo también nuevos caminos.

Reaparece hoy con fuerza el fundamento de la fe de los orígenes del pueblo de Israel: LA TIERRA ES DE DIOS. Dios es el Creador, es el dueño, es el Señor de toda creatura que sale de sus manos. El ser humano, “creado a imagen y semejanza de Dios”, está llamado a la responsabilidad de amar, valorar, cuidar con ternura y solidaridad a cada creatura, para llevarla a su crecimiento hacia su plenitud o su perfección, que es la finalidad por la cual el Creador la creó con amor. De hecho el llamado de Jesús: “sean perfectos como es perfecto su Padre Dios que está en el Cielo” (Mateo 5,48) nos indica que, como Dios es perfecto como Dios, así nosotros estamos llamados a trabajar por la perfección de cada creatura según el ser de lo que cada creatura es y con la finalidad y la meta por la cual Dios la creó.

Y esa es tarea primordial del ser humano, sabiendo que en la creación TODO ESTÁ CONECTADO, que hay una íntima COMUNIÓN de todas las creaturas entre sí y con el Creador. Lo divino y lo humano se encuentran en cada detalle de la creación, lo que hace que San Francisco nos enseñe que somos parte de ella, alabándolas como “hermano” sol, “hermana” luna, “hermana” agua, “hermana” tierra, “hermana” muerte, Cada creatura es UN SIGNO de la presencia de Dios (no es Dios) y herir a una creatura es herir la comunión con el mismo Creador.

Sigue así resonando permanentemente la gran pregunta divina: “¿QUÉ HAS HECHO DE TU HERMANO?” (Génesis 4, 8-12).

Los poderosos de los sistemas neoliberales, al creerse dueños de los bienes y de las personas, se creen dioses, señores, propietarios de la vida y del destino de las creaturas. Es el pecado original de orgullo, de egoísmo, de arrogancia que suplanta a Dios mismo. Es el principio del antropocentrismo que quisiera poner al ser humano como centro de toda acción y proyecto humano y señor de la creación, elevándolo a categoría de “dios”. Antropocentrismo que incluso la iglesia planteaba en su doctrina social, pero cuestionado y rechazado tajante y valientemente por el papa Francisco, especialmente en Laudato Sí (68-69).

¿BIENES COMUNES O PROPIEDAD PRIVADA?

Uno de los mecanismos, incluso legales, que facilitan una visión antropocéntrica es la propiedad privada, que, si bien es un derecho legítimo, debe estar sometido al derecho a los bienes comunes que Dios crea para todos, especialmente los bienes más esenciales para la vida y la dignidad de las personas. Privar a los pobres de esos bienes, no es solo condenarlos a la miseria, no es solo acrecentar la inequidad, sino que es esencialmente una violencia y una incitación a quebrar la paz social. La solidaridad con el pobre, no es entonces solo un gesto de generosidad hacia él, sino un derecho que él tiene por su dignidad, un reconocimiento a su hermandad, un acto de justicia y una contribución a la paz. Ya lo afirmaba también Santo Tomás que “en la necesidad, todas las cosas son comunes”.

Es por ello que el papa Francisco actualiza una muy feliz afirmación del papa San Juan Pablo II en su discurso inaugural en la Conferencia Latinoamericana de Puebla el 28 de enero de 1979, cuando planteaba el principio de que “SOBRE TODA PROPIEDAD PRIVADA, GRAVA UNA HIPOTECA SOCIAL”, y papa Francisco añade tajantemente que “graba SIEMPRE una hipoteca social” (LS 93). Así lo exige el destino universal de los bienes, que es una realidad anterior a la propiedad privada. Bien lo saben, lo viven y lo celebran los pueblos originarios de nuestra América Latina, donde el cuidado de la creación y los frutos de la hermana madre tierra son compartidos solidariamente y con sobriedad, como dones de Dios, entre todos sus miembros.

LA CREACION, SACRAMENTO DE COMUNIÓN CON DIOS

El Dios Creador extiende su Amor con infinita generosidad, según lo presenta el mismo mito de la creación, relatado en el libro del Génesis: “Al principio Dios creó el cielo y la tierra. La tierra estaba desierta y sin nada, las tinieblas cubrían los abismos mientras el espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas...” (Génesis 1, 1-2). En la obra de la creación las AGUAS son el elemento que acoge al Espíritu de Dios. El agua es sustancia madre, originaria. Luego la PALABRA de Dios, CREA, hace fecunda la tierra, dando vida a la luz, a las plantas, a los animales, a los astros, ... y Dios ve que todo es BUENO. Luego Dios crea al ser humano y ve que es MUY BUENO.

Pero el texto bíblico nos indica que el centro de la vida y de la creación no es el ser humano (creado el sexto día), sino que el día de la PERFECCIÓN, el día de la plenitud es el SÉPTIMO día, hacia el cual todo está para su gozo y contemplación. Toda la creación tiene una meta, un rumbo, una finalidad:

VIVIR PLENAMENTE EN LA COMUNIÓN CON DIOS, hasta llegar a su perfección.

Bien luego el hombre rompe esta comunión, con el PECADO. Luego de siglos de preparación de su pueblo, con la sabia predicación de los profetas, “en la plenitud de los tiempos” Dios envía a su propio Hijo Jesucristo para restablecer la ALIANZA, la belleza plena de la creación.

Cristo mismo define su misión: “He venido para que todos tengan vida, y vida en plenitud” (Juan 10,10), “El Espíritu del Señor está sobre mí. El me ha ungido para traer Buenas Nuevas a los pobres, para anunciar a los cautivos su libertad y a los ciegos que pronto van a ver. A despedir libres a los oprimidos y a proclamar el año de la gracia del Señor ... Hoy se cumplen estas profecías que acaban de escuchar” (Lucas 4, 18-21).

La misión de Jesús alcanza su culmen en la Cruz. La muerte de Jesús da muerte al pecado y abre las puertas a la vida abundante, vida de plenitud divina y gozo que se manifiesta en todo su esplendor y gloria en la RESURRECCIÓN. Es el DÍA DEL SEÑOR, el primer día de la semana, el inicio de la “nueva creación” que alcanza a toda la humanidad y a toda la creación, incluida la naturaleza. Una creación que “aún sufre y gime dolores como de parto” (Romanos 8,22) por las heridas provocadas por la maldad humana a los seres creados. Pero el mismo ser humano, partícipe de la gracia y de los efectos de la Resurrección de Jesús, está llamado a la misión divina, sabia y responsable de luchar hasta alcanzar el cumplimiento del plan de Dios: “Este es el plan de salvación que (Dios Padre) había decidido realizar en Cristo, llevando su proyecto salvador a su plenitud al constituir a Cristo en cabeza de todas las cosas, las del cielo y las de la tierra” (Efesios 1, 9-10), hasta alcanzar la PAZ (Colosenses 1, 15-20).

La PAZ PASCUAL marca la gran fiesta cósmica en que Cristo lleve a plenitud su obra en el mundo. Los seres humanos somos hijos de Dios, miembros del Resucitado, templos del Espíritu, ciudadanos del universo, protagonistas de la gran liturgia de la Vida, hasta que Cristo sea plenamente SEÑOR DE TODA LA CREACIÓN. Nuestra historia está inserta en la eternidad de Dios y es una historia que nos hace partícipes del camino a la plenitud de Cristo que ya nos ha regalado con su Muerte y Resurrección. Historia de Salvación que construimos día a día, dándole la dignidad a todo ser, especialmente a los marginados, a los empobrecidos, a los torturados por el hambre, la miseria, la opresión, la injusticia... “tuve hambre, tuve sed, estaba

enfermo, en la cárcel, ... siempre que lo hicieron con alguno de estos más pequeños, que son mis hermanos, lo hicieron conmigo” (Mateo 25, 31-46).

Damos gracias a Dios por la irrupción del papa Francisco en nuestra historia, que en plena sintonía con los llamados del Concilio y su concretización en las varias Conferencias del Episcopado Latinoamericano inauguradas en Medellín, reafirma la opción profundamente evangélica por los pobres. Una opción teológico-pastoral según el Proyecto de Jesús, con marcadas incidencias políticas, sociales, culturales en la construcción del Reinado de Dios, no solo en Latinoamérica, sino en la iglesia universal.

LUIS INFANTI DE LA MORA, osm

Obispo Vicario Apostólico de Aysén - Chile